

Tres frutos del Santo Rosario

Durante el mes de octubre la Santísima Virgen y la Santa Iglesia Católica nos proponen la devoción del Santo Rosario. ¿Cuál debe ser la importancia que Dios da a esta devoción, cuando nos la inculca de manera tan frecuente y apremiante? En efecto, basta recordar tan sólo que:

- *La Santísima Virgen misma ha querido tomar el título de **Nuestra Señora del Santo Rosario**, para ser honrada por medio de esta devoción.*
- *Y ¿no se apareció en Fátima, diciendo que era **la Virgen del Rosario**?*
- *¿No prometió entonces Ella que Rusia se convertiría si se hacía penitencia y se rezaba el Rosario?*
- *Y la Iglesia, intérprete de la voluntad de Dios, ¿no ha consagrado al Rosario todo el mes de octubre? ¿No ha concedido innumerables indulgencias al Rosario? El papa León XIII veía en él –y no se equivocaba– el mejor remedio a los males de nuestra época, y un medio poderosísimo para extender el Reinado de Jesucristo.*
- *Finalmente, el Rosario ha sido objeto de la tierna predicación de los Santos más devotos de la Madre de Dios.*

El Santo Rosario es una devoción popular y sencilla, al alcance de todos. Por eso ningún cristiano tiene excusa si no la adopta y practica. Para animarnos a practicarla, si no lo hacíamos ya, o a practicarla con más fervor, si ya lo hacíamos, consideremos los principales frutos del Santo Rosario, que podemos reducir a tres: • nos obtiene *la salvación eterna*; • nos obtiene *la santidad*; • nos obtiene *un gran amor a María*.

1º El Rosario nos obtiene la salvación eterna.

Es promesa formal y explícita de la Santísima Virgen, hecha al beato Alano de la Rupe, que quien reza el Rosario se salvará:

«Prometo mi protección especial a los que recen mi Rosario; yo los socorreré en todos sus males y necesidades, y los defenderé contra el demonio. Quien lo rece devotamente y con perseverancia no se condenará».

«Todo el que persevere en la devoción del Santo Rosario, con sus misterios y meditaciones, yo le obtendré al fin de su vida, como recompensa de este buen servicio, la plena remisión de la culpa y de la pena de todos sus pecados».

Santo Domingo, predicando en Carcasona, hizo confesar lo mismo a quince mil demonios que poseían el alma de un desgraciado hereje. He aquí su propia confesión:

«Oíd, cristianos. Esta Madre de Jesucristo es todopoderosa, y puede impedir que sus siervos caigan en el infierno; es Ella quien, como un sol, disipa las tinieblas de nuestras astutas maquinaciones; es Ella quien descubre nuestras trampas, rompe nuestros lazos y deja inútiles y sin efecto todas nuestras tentaciones. Nos vemos obligados a confesar que ninguno de los que perseveren en su servicio se condenará con nosotros; uno solo de sus suspiros, ofrecidos a la Santísima Trinidad, vale más que todas las oraciones, votos y deseos de todos los Santos. La tememos más que a todos los bienaventurados juntos, y nada podemos contra sus leales servidores. Muchos cristianos que la invocan al morir, y que deberían condenarse, se salvan por su intercesión... Protestamos además, porque Ella nos obliga, que nadie que perseverare en la devoción al Rosario se condenará, pues Ella obtendrá a sus devotos servidores una verdadera contrición de sus pecados, y con ésta el perdón y la indulgencia».

¡Qué daríamos por tener en esta vida una garantía de que vamos a salvarnos! **Pero esa garantía la tenemos**, la Santísima Virgen nos la ha dado: es ofrecerle cada día, con perseverancia y amor, el Santo Rosario. Habiendo comenzado la salvación del mundo por un *Ave María*, al *Ave María* quedó vinculada desde entonces la salvación de nuestras almas.

2º El Rosario nos obtiene la santidad.

El Rosario, además, nos obtiene la santidad, porque esta devoción consiste, no en la recitación maquinal de ciertas oraciones, sino en la meditación y contemplación de los quince principales misterios de la vida de Jesús y de María, acompañando cada uno de ellos con la recitación de un Padrenuestro y diez Ave-marias. ¿Qué cosa puede ayudarnos más eficazmente a ser santos, que esta consideración de las principales verdades de nuestra fe, de las principales virtudes que hemos de practicar, viendo cómo las practicaron Jesús y María, y cómo nos dan ejemplo de ellas?

• *El Santo Rosario es, en efecto, un resumen de todo nuestro Catecismo, un Credo en imágenes, el compendio de nuestra fe, ya que nos recuerda sus principales verdades: el pecado original, la Santísima Trinidad, la Encarnación, la Redención, la Resurrección de Jesucristo, la existencia del cielo, al que somos llamados, la Realeza de Cristo y de María, la necesidad del sufrimiento y de la oración, la malicia del pecado, el valor de nuestra alma...*

• *Es también un resumen de la moral cristiana, de todas las virtudes que hemos de practicar: la humildad, la caridad, la pobreza, la obediencia y la pureza, la paciencia, la penitencia, la fe, la esperanza, el amor a María... Pero lo que hace especialmente eficaz y fecundo este compendio de moral es que se nos dan ejemplos bien concretos, bien adaptados a nuestras vidas, de cómo hemos de practicar esas virtudes: basta que consideremos cómo las practicaron Jesús y María, que son nuestros Modelos. El Rosario nos concede las gracias necesarias para poder imitarlos.*

Por eso, todo fiel que sea asiduo en recitar devotamente el Rosario, meditando los misterios según su capacidad, se irá familiarizando poco a poco con Jesús y María; se sentirá movido e incitado a imitarlos; irá corrigiendo sus defectos, y pronto logrará vivir una vida digna de Jesús y de María, una vida santa. Y si persevera todavía en esta devoción, adquirirá la costumbre de verlo todo como lo veían Jesús y María, asumiendo su manera de pensar, de juzgar, de querer, de obrar; y en esta conformidad de miras y de voluntades, llegará a una perfecta unión con Jesús y María.

Dice San Luis María Grignon de Montfort: «Afirmaría, firmándolo con mi sangre, que la persona que reza el Rosario con devoción y perseverancia... crecerá en todas las virtudes».

Y la Santísima Virgen prometió al beato Alano de la Rupe: «Quien rece piadosamente mi Rosario, meditando los misterios, se convertirá si es pecador; y si es justo, lo haré crecer en gracia, será su consuelo y luz durante su vida y especialmente en la hora de su muerte; no morirá sin los sacramentos; lo libraré pronto del Purgatorio, y gozará en el cielo de una gran gloria».

3º El Rosario nos obtiene un gran amor a María.

Finalmente, no es un menor fruto del Rosario el hacernos adquirir un gran amor a la Santísima Virgen; ya que, como se acaba de ver, el Rosario nos hace meditar, no sólo los misterios de Jesús, sino los misterios *de Jesús Y María, de Jesús CON María*. El Rosario, así como es un compendio de la vida de Cristo, es también un resumen de la vida de María; sus misterios nos hacen ver cómo la vida de María estuvo unida a la vida de Jesús, qué parte tomó María Santísima en la obra de la Redención de los hombres, y la recompensa que Dios le concedió por esto, constituyéndola Reina de todo lo creado y Mediadora de todas las gracias.

Por el Rosario, vemos cómo el culto a la Santísima Virgen pertenece a la esencia misma del Cristianismo; que

«la fórmula del Cristianismo, ya considerado como la venida de Dios a nosotros, ya como la ascensión de nosotros hacia Dios, no es Jesús solamente, sino Jesús-María» (Padre Hupperts).

«María, en la religión cristiana –escribía el cardenal Billot–, es absolutamente inseparable de Cristo, porque si somos llamados de nuevo a los bienes celestiales, es gracias a esa Pareja bienaventurada formada por la Mujer y su Descendencia, por Jesús y por María». Y eso el Rosario lo muestra en cada uno de sus misterios.

Por eso, el alma devota del Rosario crece progresivamente en amor y gratitud a María. Sabe que María es su Madre, sabe comportarse como hijo suyo, y por eso la ama. Y como la Santísima Virgen no se deja ganar en liberalidad, devuelve amor por amor: *«Ego diligentes me diligo»*. El alma crece en amor a María, y crece asimismo el amor que María le tiene a ella. ¡Qué contentos deberíamos estar de tener en nuestras manos una devoción que nos hace ser los hijos muy amados de María!

QUINCE PROMESAS DE LA VIRGEN MARÍA A QUIENES RECEN EL ROSARIO

La tradición atribuye al beato Alano de la Rupe (1428-1475), fraile dominico, el origen de estas promesas hechas por la Virgen María. Es mérito suyo el haber restablecido la devoción al Santo Rosario enseñada por Santo Domingo apenas un siglo antes, y olvidada tras su muerte.

1° El que me sirva, rezando diariamente mi Rosario, recibirá todas las gracias que me pida.

2° Prometo grandes beneficios y mi especialísima protección a los que devotamente recen mi Rosario.

3° El Rosario será un fortísimo escudo de defensa contra el infierno, destruirá los vicios, librárá de los pecados y exterminará las herejías.

4° El Rosario hará germinar las virtudes, y también hará que sus devotos obtengan la misericordia divina; sustituirá en el corazón de los hombres el amor del mundo por el amor de Dios, y los elevará a desear las cosas celestiales y eternas. ¡Cuántas almas se santificarán por este medio!

5° El alma que se encomiende por el Rosario no perecerá.

6° El que con devoción rezare mi Rosario, considerando sus misterios, no se verá oprimido por la desgracia, ni morirá de muerte desgraciada; se convertirá, si es pecador; perseverará en la gracia, si es justo; y en todo caso será admitido a la vida eterna.

7° Los verdaderos devotos de mi Rosario no morirán sin recibir los auxilios de la Iglesia.

8° Quiero que todos los devotos de mi Rosario tengan en vida y en muerte la luz y la plenitud de la gracia, y sean luego partícipes de los méritos de los bienaventurados.

9° Libraré pronto del Purgatorio a las almas devotas del Rosario.

10° Los verdaderos hijos de mi Rosario tendrán en el cielo una gloria singular.

11° Todo lo que se me pidiere por medio del Rosario se alcanzará prontamente.

12° Socorreré en todas sus necesidades a los que propaguen mi Rosario.

13° Todos los que recen el Rosario tendrán por hermanos en la vida y en la muerte a los bienaventurados del cielo.

14° Todos los que rezan mi Rosario son hijos míos muy amados, y hermanos de mi Unigénito Jesús.

15° La devoción al santo Rosario es una clara y manifiesta señal de predestinación a la gloria.